



Emiliano J. Mac Donagh



UN “CUENTO DE VIEJAS” Y OTROS CUENTOS VIEJOS



UN “CUENTO DE VIEJAS”
Y OTROS CUENTOS VIEJOS



UN “CUENTO
DE VIEJAS”
Y OTROS
CUENTOS VIEJOS



Emiliano J. Mac Donagh



Dr. Emiliano J. Mac Donagh

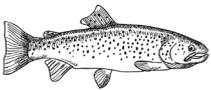
1896 - 1961

Emiliano José Mac Donagh

Nació en Exaltación de la Cruz, provincia de Buenos Aires, en 1896. Vivió con sus padres, ambos de ascendencia irlandesa, en la estancia Los Paraísos, cercana a la ciudad de Salto, hasta que la temprana muerte del padre trajo al niño y a la madre a la ciudad de La Plata. Concluidos sus estudios secundarios en el Colegio Nacional, continuó en la Universidad Nacional de La Plata, dedicándose a las ciencias de la naturaleza, obteniendo el Doctorado en Ciencias Naturales en la especialidad Zoología. En el Museo de La Plata desarrolló una larga carrera, a través de importantes cargos y de tareas de investigación y docencia, dando preferencia a la ictiología. En sus últimos años se incorporó a la Universidad Católica Argentina y al Instituto de Profesorado Monseñor Terrero, siempre en las Ciencias Naturales.

Autor de numerosos trabajos de investigación y de difusión, docente y conferencista, su nombre es reconocido por la comunidad científica. Otro aspecto de su personalidad muestra una amplia cultura literaria y filosófica. Los relatos aquí reunidos son muestra de esta faceta humanística, que aporta trazos poéticos unidos a un fino humor y al amor por la vida en la naturaleza. Mientras estudiaba, y como socio del Club de Regatas La Plata, Emiliano remaba por los ambientes ribereños en los que transcurren estos cuentos. En ellos asoma la nostalgia por la infancia vivida en la naturaleza, como en otra de sus lecturas predilectas, la de Guillermo Enrique Hudson.

Casado con Mariana Wynne, también de familia irlandesa, formaron una familia numerosa, con cinco hijas y tres hijos. Vivieron siempre en La Plata, donde Emiliano falleció en 1961.



Sumario

A modo de presentación

Prólogo a la edición digital 11

Prólogo a la segunda edición 17

1. El naturalista 21

Publicado en el diario *La Nación* el 5 de mayo de 1929. Reproducido en el Programa ProBiota – Serie Técnica y Didáctica N° 16. Compiladores Hugo López y Justina Popnre Gómez. Facultad de Ciencias Naturales y Museo, UNLP. La Plata, 2012

2. Cuento de viejas 41

Publicado en la revista *Número*, N° 1, enero 1930, pág. 5. Reproducido digitalmente, junto con los dos cuentos siguientes, en ProBiota, Serie Documental N° 38, compiladoras Hilda, Mary y Anita Mac Donagh. FCNyM, UNLP, La Plata, diciembre 2014

3. El sabio ebrio.	47
Publicado en la revista <i>Número</i> , N° 5, mayo 1930, p. 45. Reproducido digitalmente en 2014 (<i>v. ut supra</i>)	
4. La quimera, el gallo y el elefante	63
Publicado en la revista <i>Número</i> , N° 11, noviembre 1930, págs. 103 a 105. Reproducido digitalmente en 2014 (<i>v. ut supra</i>)	
5. Un irlandés en la Argentina	75
Publicado parcialmente en el diario <i>The Southern Cross</i> , 5 de octubre 1934, pags. 31 y 32	

A modo de presentación

Prólogo a la primera edición

Digitalizada en ProBiota n° 38

Al revisar viejos papeles familiares de nuestro padre, el Dr. Emiliano Mac Donagh (1896-1961) hemos descubierto, como escondidos, unos cuentos breves publicados entre 1929 y 1934. Ficcionales, pintorescos, no han figurado en la nómina de sus escritos, con excepción de *El Naturalista*, publicado en 1929 en el diario *La Nación*, y recientemente reproducido en la serie ProBiota (<http://ictiologíaargentina.blogspot.com/16>)

Ofrecemos a la curiosidad de los ictiólogos los tres relatos publicados en 1930 en la revista *Número*, editada en Buenos Aires. Tanto *Un cuento de viejas*, como

El sabio ebrio, y La quimera, el gallo y el elefante tienen a los peces como centro de interés.

En los escritos de Emiliano Mac Donagh, que abarcan desde 1922 hasta 1960 con más de ciento setenta títulos, predominan los trabajos científicos alternando con estudios sobre historia de la biología y de los biólogos, o la preocupación por el cuidado del ambiente y temas relacionados. Sin excepción, aparece la zoología como tema vertebral, ya sea analizando una espina de bagre en la calma del laboratorio, ya sea relatando expediciones zoológicas al interior de nuestro país. Coexisten el detalle mínimo que entrega el microscopio con la aventura a campo abierto, pero el estilo es siempre descriptivo, pegado a la realidad, y despojado de cualquier intento de fantasía que traicionaría el rigor requerido por la ciencia.

En los breves relatos aquí presentados, en cambio, el autor escapa de la formalidad, incursiona en un género más liberal en sus normas y deja volar su imaginación y su fino sentido de la ironía. Lo hace sin abandonar el asunto

que más le atrae: la naturaleza, y en ella, la vida animal. Si bien los cuentos comparten temas centrales del resto de la producción, aquí no encontramos la exactitud fotográfica ni el análisis desapasionado, sino que la anécdota es imaginada y los escenarios reales se ven transformados por enfoques oníricos. Algunos personajes parecen el fiel retrato de alguien conocido mientras que otros suenan esquemáticos, vacíos. La mirada es humorística y a la vez crítica, gozosa sin dejar de ser analítica.

Este período de "autor literario" en vez de "relator científico" dura poco: sólo cinco cuentos en cinco años. En la vasta producción no hay otros intentos de recurrir a la ficción para atraer el interés del público general hacia los admirables y admirados habitantes de las aguas. Quizás podríamos encontrar ecos del monólogo final de *El sabio ebrio* en el ensayo *La belleza de los peces* (*Revista de Educación*, La Plata, 1957) pero en este último el estilo es académico.

El cambio de género literario podría sugerir un deseo de cambio vocacional, el cansancio frente a la

aparente monotonía y estrictez de los registros científicos. Al plantear el dilema entre observar seres vivos en su medio natural o conservar sus cuerpos para los estudios científicos se insinuaría una encrucijada profesional. En 1930 habrá sido una disyuntiva, aludida en el recurrente contraste entre ambientes cerrados, poblados de frascos, vitrinas y mesas de taxidermia en contraposición con la abierta amplitud de ríos y playas, bosques y cielos. Aludida, también, al atribuir a personajes que las encarnan, dos tipos de sabiduría: una erudita, nacida del estudio, y otra pragmática, forjada en la experiencia. Sin embargo, el tema medular sigue siendo la ictiología: los peces, sus vidas y ámbitos, los nombres que les damos.

El nuevo estilo revelaría más bien la intención de jerarquizar los asuntos dilectos envolviéndolos en una forma literaria más libre —y supuestamente más elevada. Creemos captar un latido de euforia, el impulso de compartir la emoción de un descubrimiento, el deseo de conservar la mirada ingenua y la capacidad de asombro ante el maravilloso mundo natural que nos

rodea. Que esto se logre más acabadamente por medio de un cuento que a través de un informe, y que la ficción alcance mayor audiencia con la cual compartir la gozosa experiencia del conocimiento, son las cuestiones que nos deja pendientes este naturalista que —por breve tiempo— se volvió cuentista.

Mary Mac Donagh de von Reichenbach
City Bell, noviembre 2014





Las hijas del Dr. Emiliano Mac Donagh, Mary, Hilda y Anita frente al arroyo Doña Flora, Ensenada, provincia de buenos Aires; trescientos metros aguas arriba se encuentra el barrio Cambaceres y el antiguo puerto de pescadores; aguas abajo el arroyo desemboca en Río Santiago; estos ambientes son el escenario del cuento *El sabio ebrio*.

Prólogo a la segunda edición

La publicación original de los siguientes cuentos se hizo por separado en distintos diarios y revistas en el período 1929 a 1932.

En el año 2012 fue digitalizado *El Naturalista* en el marco del Programa ProBiota dirigido por el Dr. Hugo López de la Facultad de Ciencias Naturales y Museo de la UNLP.

Dos años más tarde, otros tres cuentos fueron digitalizados y difundidos en dicho programa, bajo el título que hemos adoptado para esta obra.

La presente edición incluye *Un irlandés en la Argentina*, parcialmente publicado en el diario Southern Cross, que leían los irlandeses que se iban radicando en la Argentina, al que se añadió material inédito, completándolo en base a borradores hallados posteriormente.

Cierto matiz autobiográfico se insinúa en los cuentos. En *Un irlandés en la Argentina* la descripción evoca

el ambiente donde Emiliano creció, una familia de inmigrantes irlandeses en la pampa bonaerense, y no están ausentes los peces y las aves. En *El naturalista* se describe el despertar de una vocación y el relato culmina en el mismo paisaje que se muestra en la foto que incluimos, celosamente guardada durante muchos años. A su vez, el fuerte color local de *El sabio ebrio* fue respirado en sus años de estudiante, durante sus paseos en botes del Club de Regatas La Plata por Río Santiago y el puerto de pescadores de Cambaceres.

Por su parte, tanto Las “viejas” como las “quimeras” de los otros dos relatos reflejan su disfrute de la ciencia escogida para su vida profesional como el jugueteo de las palabras y las reacciones del público ante los tesoros y misterios del estudio de la naturaleza.

Las fotos que acompañan los textos provienen de su archivo personal. Dado el tiempo transcurrido, nos es imposible verificar en todos los casos la autoría, pero la mayoría fueron tomadas por él mismo.

Durante el trabajo de esta nueva recopilación falleció nuestra hermana Hilda. Extrañamos su compañía y su consejo. La búsqueda minuciosa de los originales, la

lectura cuidadosa de cada palabra y cada renglón, y su obsesión por la fidelidad de la transcripción permitieron hacer realidad esta pequeña obra.



Prof. Hilda C. Mac Donagh de Iribar

Esta primera publicación impresa será un homenaje
a Hilda y a nuestro padre.

MIMDV R

City Bell, mayo de 2019.



1

El naturalista

Aguilar se apareció un buen día en el museo como un jovencito a la vez encogido y excitable, agitado ahora porque el calor estival le echaría a perder un ave muy rara que cazó de mañanita en un cañadón cerca de Los Talas. Habló apresuradamente, y, luego, arrollando entusiasmo bajo la sonrisa de don Carlos, explicó: no pretendía que fuese nueva, pero, en fin, su rareza tenía, y quizá fuese migratoria. La describió, y sus andares, contando de paso cómo la había cazado. Le volvió el brío; quería saber el procedimiento para preparar un cuero de ave. Le intrigaba, sobre todo, cómo preservar las alas que le parecía imposible descarnarlas, eran tan delicadas, y, más, en su caza del día. Sí, sí, le dijeron: se puede, con algún trabajo y mucho cuidado; y en cuanto a ese bicho que tanto le entusiasma,

con seguridad que se trata de una gallineta de agua o “ipacáa”; no es rara, aunque muy evasiva. Quedó consternado y ni pretendió disimularlo: aquella sonrisa perenne del sabio le traspasaba. Y más cuando le oyó preguntar, como extrañado, si no había leído a Hudson, que tanto habla de ella.

Se detuvo, a punto de contestar de mala manera. De tal compatriota no conocía sino la referencia pasajera del más difundido de nuestros manuales de zoología, y le fastidiaba, puerilmente, que no hubiera publicado sino “en inglés y en el extranjero”. Para zafarse de lo que ya tomaba por mal paso, volvió a pedir instrucciones para “disecar” aves. En dos palabras le hicieron comprender la diferencia entre un cuero preparado y un cuero montado para la exhibición, y con esa primera lección en un pasadizo del entresuelo, le enseñaron a distinguir entre el propósito del hombre de estudio y la finalidad de la institución destinada al público.

Don Carlos se despidió afablemente, para revelar unos negativos fotográficos, y nuestro amigo quedó con el jefe de los preparadores, el hombre más dispuesto a enseñar, conversando, que haya en nuestra tierra: lo llevó a su laboratorio, le mostró las piezas

preparadas y el desparramo de huesitos de un cráneo de surubí, desarticulado, que llevaba meses de ir montando, para suspender en el espacio, con finos alambres, las nimias piecitas de aquel estuche complicado. Aguilar se sorprendió al ver el instrumental reducido, los recursos pobres de aquel laboratorio de obras que le parecían inaccesibles. ¿Y para preparar aves? Acaso bastase con muy pocos elementos. Don Juan, el preparador, sonrió, mitad para adentro: tantas veces le había sucedido ya, que le era costumbre evadirse recomendando calurosamente a los preguntones un librito muy explicativo del Dr. Holmberg; pero este mocito le resultaba simpático y como ya se había dado tiempo para decirle que se iría al campo durante los meses de vacaciones, y que pensaba coleccionar aves, si aprendía cómo preservarlas, quiso ayudarle. Aguilar se quedó parpadeando cuando don Juan le preguntó donde había dejado la gallineta a tiempo que desembarazaba la mitad de una mesa, y disponía en su orden varias tijeras, grandes y chicas, obscurecidas algunas, unos bisturíes muy repasados por la piedra de afilar, algunas pinzas de puntas afiladas, otra gastadísima, de extremos chatos, la lata vacía de té con la tapa perforada para los hilos, y muy a mano, jabón arsenical,

yeso, aserrín, algo de estopa. Su gallineta estaba, en un paquete cuidadosamente esponjado, en la portería y se fue arriba a buscarlo. Mientras tuvo que prestar atención a los vericuetos del entresuelo para no extrañarse, anduvo alegremente: salvaría, pues, aquella ave para una colección suya que los años verían grandísima. Pero cuando llegó a la rotonda se sintió de súbito humillado y en desamparo, como si le hubiesen volcado encima un balde de agua.

Esa ave era vulgar. Si se hubiese dado una vuelta por la sección correspondiente del museo, la hubiese visto. Y ahora, por sobre todo eso, la afrenta del portero: le devolvía su paquete sin mirarle ni por encima de sus quevedos adoctorados, lo mismo que cuando se lo tomó, pero ahora, al sesgo, los labios charlatanes amenazaban una chuscada.

Era, pues, cosa de todos los días. Después lo supo. Cuando no venía el descubridor de una gallineta, era el de un coleóptero muy raro que resultaba ser un “torito” hembra, o un señor importante que pedía ver al director para obsequiarle con un casal de la víbora de dos cabezas. Aguilar, con el paquete a media asta, sin

apretarlo, se detuvo mirando el resplandor de la tarde ferviente sobre el follaje profuso. Quería irse. Se disculparía mañana mismo, sin falta, con una cartita. Avanzó despacio hasta bajo la columnata, echando de menos la frescura de adentro, y ya en la saliente, recordó que el edificio del museo era redondo. Siempre le había impresionado ese aspecto de fortaleza, con tantas ventanas enrejadas. Hacía un rato no más, conversando con don Juan, había echado un vistazo sobre el bosque; las ventanas abiertas en aquellas gruesas paredes hacían de viseras, y no se perdía detalle. Cuando él se marchase estrujando su paquetito, desde adentro le estaría observando el preparador. Quizá don Carlos, levantando un instante la vista de sus dibujos precisos para descansarla mirando aquel árbol coposo, le vería pasar, con una sonrisa: esa sonrisa fina, amable en los labios y burlona en las comisuras, que atisbara recién, mientras le explicaba su descubrimiento. Pensó en dar la vuelta, escurrirse por la isleta de eucalipto, a la derecha, y contornear el jardín zoológico por detrás para volver a la ciudad. Dio un paso, saliendo de entre las columnas impávidas, en el pleno sol. Pestañeó dolidamente: había olvidado el sombrero en el laboratorio.

Volvió sencillamente, como un buen hijo de Dios que era, ya sin padecimiento de orgullo, y se estuvo, primero callado, luego preguntón y confanzudo, avaricioso de aprender y feliz de estarse así, de codos en la mesa, viendo el manipuleo de la preparación. Era una baquía de dejarle perplejo, por la audacia en dar un tajo en pleno cuero emplumado para descarnar mejor por dentro, un retorcimiento de todo el cuerpo del ave, unos tirones bruscos a que jamás se hubiese animado y que ahora ni le crispaban.

Nunca se olvidó de aquella lección y hasta le retardó el distinguir entre la obra del preparador y la del naturalista. La habilidad manual, el ojo certero, el don vulpino de la observación, y ese triunfo de artista frente al ejemplar montado, realístico, tenso de miembros y blando de pelambre o plumaje, le cautivaban. Más adelante, cuando vio algunos cueros de mamíferos empajados y estopados, sin escultura, las “salchichas”, como las llamaban en el museo, disculpaba el orgullo de los preparadores artistas. El preparador es un elemento de todo museo, el hombre de las obras y no del pensarlas, orgulloso siempre de su fruto, visible como una escultura, humilde ante el hombre de

saber, y mezcla sin triturar de temperamentos simples: el temperamento de un cazador, el de un desollador, y dibujante, fotógrafo, moldeador, y, siempre, alacrán.

• • •

Esa tardecita Aguilar salió del museo como un concripto paisano declarado apto. Había dejado el cuero de gallineta porque estaba flojo de tan reciente, y se sentía livianito sin su paquete. Quedaba algo suyo en el museo y podía volver a buscarlo sin intimidarse por el carraspeo del viejo portero. Aquel cuero salvado sería el número uno de una serie inacabable. Se sintió tan feliz que se dio cuenta. Quiso no sentir otra cosa que el fresco de la tarde para acompañar su paso andarín, irrefrenable, y no le bastó. Resolvió olvidar el cuero y el museo por una semana.

La cumplió. Como su gente se iba al campo, en el trajín de liar sus bártulos y de comprarse ¡oh, deleite! los instrumentos de disección, no pisó en el museo sino cuando volvió de las vacaciones. Se presentó con una caja en donde había colocado seis cueros, los mejores. En el laboratorio del jefe de preparadores estaban don

Carlos y el hombre a quien llamaría de por vida su maestro. Se interesaron todos y nada menos que don Carlos tomó papel y pluma y se anotó algunos datos sobre las localidades. Le alabaron los hallazgos, le clasificaron los ejemplares, deletreándole a veces los nombres abstrusos, y Aguilar desaparecía dentro de su deleite como un lechoncito en un guadal.

Volvió al día siguiente con otros cueros de pájaros, dejando en casa, taimado, voluptuoso, los ejemplares únicos. Añagaza inútil: era él quien estaba cautivo. Iba todos los días, para dejarse estar conversando, inquirendo, y, cuando se abrió la inscripción para los cursos, buscando satisfacer a su gente, estanciera, se inscribió en agronomía, pero tomando cuantas materias pudo en el museo, por correlación, explicaba en su casa. Se entregó a sus libros y a sus trabajos de laboratorio como quien se da a un vicio. Dio todos los exámenes felizmente, y sus padres no le ocultaron el suspiro de alivio que estaba en el torniquete desde las vacaciones de julio, cuando ya no cupo duda de cuánto primaba su inquietud pajarrera sobre su afición tibia por la botánica agrícola. Con el mismo ímpetu se lanzó entonces a las excursiones por los alrededores desabridos y en el fácil río Santiago.

Una tarde, por el demasiado rigor del sol, llevó su canoa a un arroyo, en la curva sombreada que hacía al abrirse en el canal. El sol a la espalda, le reposaba la quietud del lugar y, para no sentirse con nervios suspicaces, abrió bien las alas anchas de su sombrero blanco, porque encima suyo y en todas las plantas pululaban las isocas. Las había en cada punta de rama pendiente, algunas colgadas del propio hilo que secretan y viboreando en el aire para salvar el baño. Sobre las dos orillas limosas, los sauces combados; y apenas si alguna guía delgada, más salida al cauce, reconocía un hálito de brisa con un pulso de sus hojitas. Las aguas oscuras, de un verdor terroso, aguas reservadas, con un secreto de fecundidad desmenuzada en su fondo, eran espejo de cosas curvas, serpiginosas; la corriente venía saliendo y la brisa despa-reja del canal le devolvía el ras en ondas seguiditas, apenas rizadas, y de curva tan ancha que parecían tablear el apeadero de imágenes en que estaba convertido el arroyo; su temblor rítmico le recordaba el de las mariposas cuando recién han pelechado de crisálidas y estiran las alas, pliegue por pliegue, a fuerza de sol. Una ramita desmirriada, a un lado de la curva, tocaba el agua, picoteándola con una elasticidad

adormecida por el estío y despidiendo una enciclia incansable que parecía abollarse luchando contra los rizos. Aguilar no se daba cuenta de que el calor y esa tregua, con la canoa moviéndose como una hamaca, le habían dejado un solo sentido. Ahora venía por el centro del arroyo una planta sola, desprendida, de camalote. La siguió fielmente con la vista, pero cuando sobrepasó el holladero de los reflejos, pareció dejar sobre el agua una imagen flotante, suelta, algo así como esas manchas de petróleo, boyantes al vaivén de las corrientes, manchas irisadas, con sus tonos rojos temblones que obscurecen el verdor de las aguas en los arroyos de arboleda tupida. Sí, era una imagen que crecía y se desparramaba en reflejos espasmódicos, apagando las hileras de gemas verdosas. Despabiló sentidos, miedoso de alucinarse. Llegaba a la orilla, viniendo del monte, un bicho humano, flacucho, empuñando como una lanza una escopeta de un solo caño muy largo. Aguilar quiso reconocerle, evocando borrosamente un compañero de tren y su saco de cazador, cubierto de bolsillos rellenos. (Ahora le llevaban unas botas de goma altísimas). Aguilar, con un solo gesto rápido, como si le hubiese caído en el cuello una de las tantas isocas del sauzal, paleó a

la izquierda y se recostó al centro del arroyo, pero el pique de un bote es lento y el otro ya le gritaba con una voz de solterona que ha visto en su cuarto una araña peluda:

—¿Vio pasar el Streptoceryle?

—¿El qué?

— El Ceryle, hombre, el matraca...

Aguilar rabió de su memoria.

—No se qué es...

—Pero, Aguilar, ¡hombre! ¿Ha visto pasar por aquí un martín pescador o no? Aguilar, retrocediendo, logró el canal y paleaba como con garras, buscando el favor de la corriente. Tranqueando en el barrial, la escopeta siempre en línea, chillándole instrucciones, se iba quedando solo el aficionado.

• • •

Otro año se dio a vagar por los sitios donde, en limpiones de tosca o de tierra arenosa, los insectos cavadores atareaban sus horas de sol. Volvía por ellos como a una querencia, olvidado del solazo por ver los avispones, esos andariegos Pepsis con su cuerpo de un azul renegrido, centellante, y sus versátiles alas

color ladrillo; las Monédulas que, cavando, parecían una caricatura de un perro porque sacaban la tierra de su excavación con las patas delanteras, reculando, y se esponjaban un segundo al aire para zamparse de cabeza otra vez en su tarea; las hormigas inquietísimas, sobre todo las Forelius, con sus mareadoras, y el acarreo de una oruguita por las Pheidole, con sus soldados de color vinoso tironeando a lo bulldog y las obreras en un entrevero de aspavientos, algunas prendidas de un pelito de la víctima y pataleando en el aire, livianas e inútiles. Todos aquellos seres exhibían sus propósitos, y la incógnita para Aguilar era el paso furtivo, el huroneo en las cuevas ajenas, de las Mutilus, con su librea de hormigas heráldicas, rojas, purpúreas, granates, bordeadas en azabache y algunas con mechoncitos de pelos blancos, cremosos. Averiguó en el museo y supo que versó sobre Mutílicos el primer trabajo de Félix Lynch Arribálzaga, el gran naturalista argentino que con unos miserables elementos, en su estancia de Baradero, había realizado una obra de ciencia que cada día nos asombra como hazaña. Se tentó por el tema y empezó a revolver papeles, buscando poner al día la sistemática de las especies argentinas. Lo pillió a tiempo su maestro,

y cuando le dijo al final de su amonestación: "El naturalista debe saber limitarse", le dio, sin adivinarlo, su canon de vida. Al recibirse era un especialista. Aguardó el porvenir.



Sucedió una vez que el museo tenía sus jefes y especialistas en misiones de estudio por el interior, y, que necesitando un acompañante para un gran sabio venido al país ganoso de resolver los problemas del pampeano, se pensó en Aguilar, quien dispuso sus cosas en una noche de fiebre, y se fueron. El sabio destinó el primer período a una exploración minuciosa de la costa atlántica, por Necochea, desde Quequén hacia el Sur. Aguilar vivió días felices, hecho una pelota saltarina, de gomitas vivas, entre los médanos y el mar, bajo el viento y el sol y la sonrisa divertida del sabio. A los tres días ya no miraba el mar con curiosidad. Le había tenido fe, como a maestro, a su mar argentino. Ahora se le confiaba, pensando. El sabio y el novicio, mientras vagaban incansablemente por médanos y barrancas, rastreando paraderos, habían caído en un entretenimiento sutil: se estudiaban. Al sabio le intrigaba saber cuáles raíces

afirmaban la vocación desusada de este hombre joven, activísimo, apasionado, a ratos pueril pero más por deleite de la sangre que de la vanidad. Le alarmaba ese entregamiento a la obra, estimando que era grave en un país de tanto desarraigado, efecto de un mal sudamericano vencedor aquí hasta de sus tozudos compatriotas. Pero una tarde, acogidos al famoso “arco” de la barranca, en camino a la Punta Negra, esperando que pasase un chaparrón, Aguilar le confesó al sabio su antojo de una hazaña por tierras patagónicas. Sobre toda la costa. Sentía una envidia loca por la felicidad de un compañero suyo, joven como él, que había participado en una excursión anterior del museo a las costas del Chubut. Una vez —señor— iban de Madryn para Trelew, a pie, como siempre; y mi amigo, el único argentino de los tres, nunca podrá olvidar que, llegados a la alta barranca, se sentaron para contemplar en el mismísimo centro visual del Golfo Nuevo, todo azul, la fragata Sarmiento, blanca de todas sus velas, yéndose al mar.

El sabio le miró con unos ojos reverberantes y Aguilar no supo a qué venían aquellas palmaditas fraternales, y el salirse de golpe cuando todavía garuaba. Pero desde entonces el sabio se dilataba en sus lecciones. El joven

solía partir de lejos con sus preguntas, procurando no perder la riqueza de aquella experiencia pródiga, y el sabio le veía venir y le guiaba. El interrogatorio de la mañana llegó muchas noches seguidas a la misma cuestión final: qué se entendía, en Europa, por hombre de ciencia. Era natural que el criollo facilitase la solución al explicarle, como buenamente pudo, la situación argentina. El sabio juzgaba: esa identificación sistemática de las especies de la flora y de la fauna, tarea aburridora y propicia al desaliento, es esencial, previa, inevitable; esa tentación por las aplicaciones de las ciencias es peligrosísima: a lo más puede tolerarse como un medio para conseguir mayor ayuda oficial en pro de las investigaciones de ciencias puras; la especialización rigurosa que se combate por no convenir a un país nuevo es, por el contrario, una garantía mental, una ventaja para el investigador; la docencia, en su lugar, es decir, que no devore al sabio; y cuidado, mucho cuidado, con el público. Aguilar le contó cómo, al principio de su carrera, muy orondo de ser universitario, resolvía para sí el problema de la formación científica no admitiendo por sabios a quienes no hubiesen cursado en la Universidad, y el buen chasco suyo cuando descubrió sabios sin papeleta, y eran de los buenos. El sabio extranjero

le escuchaba hasta el final y el tema bien expuesto se resolvía solo: faltaban las fórmulas precisas y se las daba. Aquél no era ya un problema europeo, y sin embargo, podía ser una realidad, como aquí, sin llegar a problema: la verdadera cuestión estaba en la preservación de la disciplina intelectual, en esa voluntad para mantenerse en la ejecución de la obra, voluntad que “en este país” necesitaba ser heroica, tentada como estaba por el éxito fácil de la vulgarización o de ese mal peculiarísimo, el uso de la ciencia para un sectarismo; solicitada, por otra parte, para convertirla en el adorno de una profesión.

—Las desviaciones se ven pronto —, le decía el sabio cuando su compañero se asombraba de que en poco tiempo hubiese visto mucho —. No hay suspicacia en esto: basta juzgar objetivamente los trabajos. Son o no son científicos, valen o no.

Aguilar le contaba su admiración por la obra de hombres como Miguel Lillo, allá en Tucumán, pertinaces, humildes, y conviviendo con tanto personaje cambiadizo y lleno de fe en sí mismo. A veces el joven apilaba agravios contra el ambiente, contra los prójimos de la enseñanza o de los puestos públicos, cuando

no contra los hacedores de fama. El sabio le dejaba edificar su pagoda y le llovía encima sus anécdotas, como cuando el criollo le contó amargamente su detestación de la suficiencia profesoral, y él le regaló con una palabra tudesca terriblemente larga que ellos usaban para representar la pedantería de los pedagogos puros. Entonces Aguilar le contó que a veces los aspirantes a sabios en nuestro país envidiaban la prolijidad alemana para los términos y uno que, deseoso de exhibir unas cajas de insectos, pedía, por nota, algunas "instrucciones elementales de propedéutica entomomuseológica" a la secretaría de "Physis".

Llegaron los miembros de la comisión enviada por el museo y Aguilar, extraño a aquellas especialidades, se libertó. Hacia el Sur estaban las rocas de Punta Negra, realmente marinas, con sus holoturias, y las gaviotas, y ostreros y la demás fauna raleada cerca del balneario: allá se iba muy de mañanita, cada vez más lejos, buscando aprender. A la noche se reunían todos a charlar, desapegados un tanto de las preocupaciones del día, y poco a poco al sabio le crecía una inquietud, porque Aguilar, el más joven de todos y criollo como el caracú, en las veces que alguien le preguntaba por sus éxitos,

lucía la mordacidad nativa, y, peligrosamente, como cuando un jefe le interrogó, zumbón, si ya entendía a los loros barranqueros. Una noche, cuando ya había llegado la primera hornada de veraneantes, el mismo, decano de los presentes, famoso por sus chuscadas, le advirtió, poniendo cara acartonada, que tuviese cuidado, él, tan amigo de husmear en las grutas, no lo tomase alguien a mal. Aguilar, con cara de examinando boleado, lamentó la gordura del asado de la noche anterior, un peludo sabrosísimo, y adobado por un criollo preparador de fósiles con una ternura que ni para glipto-dontes. Le había producido unas pesadillas terribles. Por eso encontró en la última gruta visitada una sirena, dejada en seco y muy zamarreada por la tormenta de la antenoche, que había sido tan brava.

—Y vea usted, doctor, lo que son las cosas, yo no supe qué hacer. Si la gruta era su habitación, era la mitad de una incorrección el penetrar sin permiso en el aposento de una mitad de mujer. Pero era un crimen dejar escapar un espécimen único, que sería para el museo algo así como el *Archaeopteryx* para el de Berlín, y aún más. ¿Qué hubiera hecho, usted doctor? Por otra parte, yo titubeaba porque soy demasiado joven para

un descubrimiento semejante. Ojalá hubiese llegado algún jefe. Yo nunca me hubiera animado a responsabilizarme ante el mundo científico, no por el descubrimiento, sino por la noticia. ¿Usted firmaría tranquilo el telegrama al director?

Su interlocutor se reía como un chico gordo, pero el sabio le hacía a Aguilar con ambas manos abiertas, gestos como de quien procura apaciguar un cachorro mojado. Eran de razas diversas los que estaban allí, y con muchos años del país: todos reían anchamente, con Aguilar. Cuando se desparramaron, el de la zumba le dijo al sabio, como suspirando, despaciosamente y con fruición de conocedor —él, que llevaba los años de una vida en esta tierra:

—Ah, profesor, usted todavía no ha calado a los criollos si se espanta de esta jarana. Por si se queda mucho en este país y tiene que tratar con muchachos como Aguilar, le regalo este secreto: concédales un cuarto de hora para la imaginación y otro para la chacota, y no hay trabajo que los canse.



Emiliano Mac Donagh en Bahía de San Blas, 1932.

2

Cuento de viejas

Era el Turista, como se diría de una cucaracha que fuese el Insecto. Su vida de rico fue un despilfarro de anhelos que hasta le salvaron la fortuna. En su palacete londinense apilaba los espolios de sus correrías: los exhibía como tesoros al visitante, llamándolos sus chucherías cuando atisbaba la expresión del rival que los examinaba, prontos ambos a sorprenderse con el descubrimiento de la pieza que estipularan única. De la tierra argentina pretendía llevarse la rareza que no hubiese revelado ya la comitiva del Príncipe.

Había de serle entregada en las ciudades, pues la suma arte de su oficio le descubría, en la sola cargazón persuasiva de una sonrisa, el engaño del vendedor de curiosidades; el Turista se sabía incapaz de descifrar al

pronto la verdad del campesino, y por educación no disputaba con los pobres.

Aquí anduvo de las casas de ponchos a las de mates de plata coloniales. Era el infortunio de su tacto febriciente, pero sus dedos, con un perdido matiz de azafrán por los cigarrillos egipcios, seguían como en un mapa de ciego, sobre la superficie de todas las piezas ofrecidas las huellas de la fabricación en serie. Después de comprar una docena de canastitas hechas con caparazones de peludos, mulitas, quirquinchos y matacos, un día que las puso en fila, boca abajo, le pareció demasiada regularidad para ser natural. Tantas escamas córneas por fila, tantas filas por dorso, tantas cerdas por hilera: la ley de la especie parecía impronta de molde.

Se fue al Museo. Quería ver, quería, luego, preguntar; cumpliría sus dos deberes locales, asegurándose contra el titeo snob. Dentro de aquella necrópolis husmeó rutas: pero ni la naturaleza ni la lógica distribuyen los materiales en un Museo. Se perdió de sus armadillos en el peor de los descaminos: el abigarramiento de lo exótico y del color local, de la pieza insólita y la vulgaridad catalogada. En un pasadizo estuvo por escurrirse

sin mover una escalerita de tijera; y qué raro que estuviese allí patitiesa, en tanto orden; cuando vio sentado en su descanso cimero un ser vivo que mascullaba, dándole vueltas de chalán a un pescado cascarudo. Horror súbito y reacción profesional del Turista:

—¿Es raro ese pez, Profesor?

—¿Por qué me dice Profesor? Ahora soy simplemente un pobre hombre, víctima de estas alimañas; ¡Cambian tanto! Decían que el trópico era mortífero; cuentos, señor: cualquier ambiente origina formas vivas que son la muerte de los sistemas famosos. Un hombre de ciencia llega a sabio cuando hace lo que Diógenes con el hombre de Platón: descubrir una nueva forma natural que destruya una definición. Somos los pesquidores de lo nuevo y se nos llenan las redes de vulgaridades y de excepciones, todas hirsutas de realidad.

—Yo también: sólo busco lo curioso.

—Eso es otra cosa. ¿Cree usted que existe lo curioso en la Naturaleza? Ni las quimeras lo son. ¿Qué, no sabía usted que existiesen las quimeras? Sí, y son feísimas. Acaso tanto como este pez. Véalo: es un loricárido, es decir, un pez con lorigas, escudos. Las gentes les dicen viejas, o viejas del agua, a veces madres del agua.

Parece que a uno de estos bichos le decían los guaraníes abuela de los agujeros de las piedras. Curioso que todos piensen en algo así como unas brujas escondidas entre el barrial. Peces de vida sedentaria, están acorazados como si se pasasen la vida peleando. Su cráneo es como una proa inversa, con unos remos laterales espinosos, y vea usted si no parece mentira que sostengan esta débil membrana de la aleta, con sus radios flexibles en tridente. Vea usted estas hileras de escudos que recubren el cuerpo, simétricas; los primeros escudos están carenados y de a poco rematan en púas, algunas en triángulo, apuntando como en discordia. Usted las sigue, las compara de un escudo en otro, las recorre en cada hilera y ve cómo tienen la regularidad y el acierto impensado de un dibujo, repetidas y cada cual distinta: créame que estas feas loricarias enseñan bien que los animales están hechos, y trazo a trazo. Cada ser es una obra de arte por la simetría intentada y luego olvidada.

El sabio se agacha desde su percha, gruñendo por costumbre, y toma un frasco cilíndrico, le levanta la tapa con el filo de la uña y saca un pececillo conservado.

—Esto es una vieja cuando es joven. El dorso y los flancos y la cola ya están armados, con sus escudos

livianos y las crestas y los espolones todavía como unas espinas claras, destacadas.

El pececillo sacado del alcohol se está secando y cada uno de los minúsculos escudos muestra dorados sus márgenes posteriores hirsutos; los perfiles aserrados de las púas que sostienen las aletas se iluminan porque sus dienteillos transparentes se vuelven ambarinos.

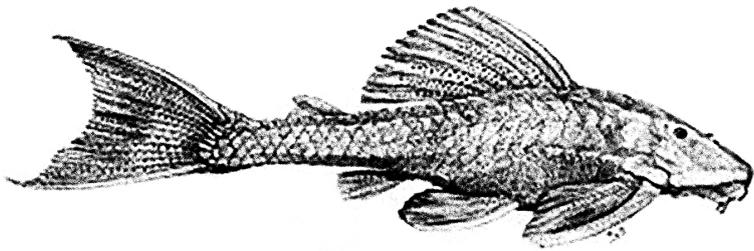
El Turista no resiste más y lo toma: está flexible, le deja una humedad evanescente en la palma y cada vez está más metálico. Se le ocurre que el sabio debe saberlo y le pregunta:

—¿No se lo podría transformar en una joya de cobre, por galvanoplastia?

El sabio es un niño con barba de fauno. Abre unos ojos de juguete y parece una pintura de un marinero holandés.

El Turista ya sabe todo lo que quería y huye. Se pierde en los corredores y el otro, que le corre vociferando por su pececillo, está en su dédalo. Pero la fortuna es amiga de los ricos y el Turista encuentra la

ventana abierta que necesita. Salta y cuando escapa se lleva lo que nunca había visto juntos: una joya, una aventura, una idea.



Hypostomu commersoni, vieja,
dibujo de Margarethe Von Bülow

3

El sabio ebrio

El profesor Toledo, discípulo del gran ictiólogo norteamericano David Starr Jordan, de la Universidad de Stanford, venía, según dijo, “para renovar conocimientos” con los peces vivos, a los que estudiara conservados.

Era un descendiente de mejicanos conquistados; espiritualmente, era el primer

conquistado en su familia porque hasta su padre, aquellos texanos fueron pobres. Tres posesiones eran las del profesor: un pasar (el de su oficio), una doctrina y un su idioma español con durezas en las articulaciones. Cuando joven la beca con el nombre de un conquistador de sus tierras ancestrales le permitió estudiar como un alemán, ignorando la vida, hasta dar

en profesor, que fue cuando más la ignoró, creyendo eludida, como cosa inútil, la experiencia de las dudas. Su doctrina era completamente suya, como puede serlo el instante de duda de un jugador: pues la heredó por contrarios, al modo de esos caracoles de jardín cuya concha ostenta barras pardas donde sus genitores las tenían blancas. Sucede que las razas, los pueblos y aun las corporaciones, cuando entretienen la vida odiando a sus vecinos, terminan imitándolos: los norteamericanos negaron que los negros tuvieran otra cosa que brutalidad, y hoy su sensibilidad musical es su único “pathos”; los ingleses fueron conquistados a la “nonchalance”; los franceses, para el sport. Él último Toledo había encarnado al norteamericano, —salvo el rostro terroso.

Cuando le vimos por primera vez, creímos en un propagandista de anteojos de cable, imitación de carey. Sus anteojos eran, al pronto, lo único que se percibía de él: estaban perfectamente centrados en su cabeza para sus ojos. Ni las horas los cansaban en su equitación. Llegamos a desear que el profesor se cayese: quizás los anteojos le suspendieran en el aire. Después del primer té, el profesor Lehmann-Nitsche,

que (como si tuviese aún remedio) había estado fastidiándose con el gemelo de su puño almidonado, le llamó aparte, en un impulso, y le dijo:

—Disculpe, querido colega y joven amigo, pero usted ya lo sabe: cierto que no tengo exceso de confianza en los técnicos de aquí, pero, en fin, conozco uno, alemán, muy bueno. ¿No le confiaría usted el arreglo de sus lentes? Asegurados de nuevo en el aro usted tendrá más libertad en sus movimientos.

Se estuvieron enfrentados un momento, cada uno con su gesto hecho, y fijo, y dijo el profesor Toledo, apuntando ojos y lentes a la corbata de su elevado mentor, pero sin verla, ni unas hebras que usaba raídas:

—Oh, yo digo, mi querido Profesor, pero si mis cristales están perfectamente embutidos en sus argollas.

• • •

Temprano, al anochecer, buscando tener toda la noche para la pesca, cenamos en el boliche de Cambaceres, junto al arroyo Doña Flora. Pensando en el viejo vino que tan bien conocía Aguilar, aceptamos la cena propuesta por el gringo cocinero y patrón: pocos platos,

pero tan variada en sus gustos y ardores. Su número central era el matambre preparado según las exigencias de los marineros del minúsculo astillero. El pobre Toledo fue víctima porque no bebía sino agua. Cuando terminó con las tajadas de surubí a que lo obligaba su ictiología, el condimento rojo, morado y barcino del matambre le creó un nuevo apetito. Devoró con inocencia aquel fuego dormido. Con el último trago, listos, y en una canasta panera las tajadas de carne fría, los panes, las copas y las bebidas, nos fuimos hasta la canaleta del embarcadero.

El botero nos mostraba, sopesándolas por su lazo de junco, ya abiertas, dos bogas. La suerte y una botellita que tuvo para la espera le habían vencido la reserva.

—Vean qué lomito lleno y qué color de galgo fino. Qué almuerzo para mañana. ¿Vamos? Usté, don, se me sienta a la barra. La canasta, abajo del asiento. No me vayan a patear las bogas. Lástima que hoy no pude preparar más cebo; tenía del bueno, con afrecho fresco y una grasa de olor fuerte, medio pasada, y lo había cocido bien. Pero antiyer vino mi compadre Rudecindo, que está con licencia, y se la di. Aquí no pude hallar sino uno de esos caracoles grandotes, negros, que van boyando....

—Sí, una Ampullaria.

—Está bien, llámenlos como quieran. Un poco a la izquierda la barra, don, que aquí está muy playo. Nosotros les decimos los caracoles para bogueros y los chicos los juntan y los venden. Pero aquí sobre el barro no había más que uno y apenas si me alcanzó para cazar estas dos. Lástima no haber traído aparejos bogueros y cebo; les hubiese regalado unas cuantas para sus casas; andan muchas aquí, por lo que se caen frutas y semillas.

Habló Toledo:

—Veo que este es *Leporinus obtusidens*. Qué olor más diferente del conservado. No me sirven así abiertas. Quiero llevarme muchas de esta noche.

El botero soltó los remos, se escupió las palmas, retomó los remos, y, hablando, los tuvo juntos, con una mano, las palas levantadas, mientras con la otra señalaba el juncal, la orilla, las dos boyas, una y otra vez, con el índice taraceado de arrugas mugrientas entre las carnes y callosidades maceradas por el agua del oficio.

—No diga, míster. Allá entre los juncos y los camalotes no habrá ni uníta de esas. La boga es pescado

fino, le gusta la orilla y por allí abajo de los elevadores de granos donde cae tanto maíz al agua están que es un contento. Oiga, míster, no se recueste tanto a ese lado porque me ahoga el remo y tengo que cinchar demasiado. Sí, pues, para pescar bogas hay que ser fino de pulso. Si el corcho se hunde de un derrepente, de seguro que es bagre. Pero si baila y cabecea es que una boga está comiendo de a pedacitos el cebo. Hay que saber conocer entre boga y mojarra y los bagrecitos. Cuando la boga ha tomado confianza se va a tragar el cebo y ahí es el momento de dar el tirón: si lo pega antes, le rompe el labio, que es muy delicado. ¡No se me descuide el timón, amigo, que nos vamos sobre los troncos! Bueno, como les iba diciendo, el tirón hay que pegarlo cuando ya el anzuelo está un poco adentro y así prende en el techo de la boca. Eso sí, eh, no digan nunca que es boga hasta haberla sacado porque de no... Pero, diga, míster, ¿se pone las botas sin trapos? Se le van a helar los pieses.

Toledo se ponía sus botas de goma que le protegían enteramente las piernas y muslos, pues pensaba pasarse la noche andando entre el agua, que ya la sabía muy playita. Buscaba la perfección exterior en

el trabajo y por nada del mundo iniciaría la tarea delante de nosotros, sudamericanos, sin el atavío de las instrucciones del Profesor Reighard. El botero le decía que de no ponerse trapos abrigados en los pies y las piernas, con el frío del agua y de la goma y la misma transpiración, al rato iba a sentir frío y no se lo sacaría en toda la noche.

—Ya siento frío. El estómago me arde. Tengo una sed terrible y no tenemos agua.

—Bah, lo que es aquí hay bastante, míster, y no vaya a creer que es tan sucia como parece. A falta de caña o vino, más de una vez la he tomado. Ahora, si quiere echarse un traguito de este de las islas...

—Oh, no, no. Yo no tomo vino. Es por razones de higiene.

• • •

(Se produjo el primer suceso raro de aquella noche: se calló el botero, y también nosotros.

Toledo, al día siguiente, cuando, atardecido el día, ya estaba bien despierto y sin la bolsa de hielo en la cabeza, confesó que le pareció entender que el mundo, súbitamente hostil, le decía:

El botero. —Pedazo de sonso.

El coro. —Pobre hombre.

El río. — ¿Y a mí qué?).

• • •

El botero recuperó el habla antes que nosotros.

—Ya que me hacen acordar, voy a mojar me el garguero. He hablado mucho. Si gustan, señores. Aunque, a la verdad, ustedes traen una canasta y colijo que de cosas más finas que las mías: para eso son doctores. ¿Cerveza? no, gracias, mezclas, no, por nada del mundo. ¿Vino dulce? por un cambio, a ver. ¡Puh! pero esto no es vino, si esto no tiene fuerza ni para levantar una mosca. ¿Quién les dijo que esto es vino? ¿Cómo lo llaman?

—“Malvasia”.

—¿Malvacía? Mal llena debieran decir. Es pecado llenar una botella o dos con eso, habiendo tan pocas abordo. ¿Eh, tinto? Bueno, a ver. ¡Amigo!, esto es vino. Acuérdense de este pobre cuando estén con una botella de éstas en la mano y no le hayan visto el fondo por dentro.

Toledo avanzó un paso en su destino, por tan largos años oculto.

—Eso, si no es alcohólico, me quitaría la sed.

El botero soltó los remos y asíó la botella.

—Vea, míster, y no se ofenda: por mí, la tiraría al agua, porque no es ni chicha ni limonada. Es dulce, y amalaya para la sed, pero malicio que los señores trajeron bastante del bueno; que le aproveche. Alcance una copa.

• • •

Pasábamos de una playa a un banco, y a otra playa, siempre en los canales entre los juncos, cerca del "Palo inglés", vigilando los espineles y pescando a favor de unas linternas, atentos a un golpe de la red de mano. Después de los primeros lances de la pequeña red de arrastre, con copo, el botero fue el amo. "Vamos allá, que es la hora": y allí dábamos con el cardumen de crías de sábalos. "¿Tarariras?: por entre estos juncos", y con la linterna y un anzuelo grueso cebado con un alguacil que se metió ruidosamente en la caperuza de la linterna, sacó de un tirón, hasta el bote, al alborotador dientudo.

Toledo, que había empezado sus andanzas entre las aguas, tan playitas, espantando las gallaretas, hasta

que el segundo pozo en donde se fué hasta el encuentro lo volvió más recatado, después de sus vanas tentativas por apagar el incendio de sus tripas con aquel vinillo mosca muerta, a esa oscura hora que precede al alba, estaba como el negro después del sermón: con los pies fríos y la cabeza caliente. Su borrachera la constituían varias embriagueces superpuestas y la de más alto nivel era la mental, producida por la anarquía en los colores y aspectos de los peces que rendían aquellas aguas barrosas. Verlos destellando nácares y ópalos, gambeteando por escaparse, temblorosos entre las manos, brincadores sobre el fondo del bote, le hacía gritar como una criatura jugando. Hasta había recuperado la lengua ancestral. El botero, cebado a su vez, se nos cortaba solo y anunciaba sus presas con un aullido, como de befa. Allá se iba Toledo, chapaleando, para examinar los hallazgos a la luz de la linterna roja: cuando con su ayuda excesiva, favorecedora, contempló la línea elegante que encerraba los oros de un dorado, fresquito, bravío, hasta los anteojos se sacó por verlo mejor. No nos extrañó que dijese al llegar de nuevo al bote: “Dénme otra copa, yo quiero ser pintor. No, quiero vino ahora”. No nos extrañó porque a la luz de las linternas, sin los cristales centrados, le

habíamos visto una cara de hombre. Por primera vez se sentó a descansar, sobre la borda.



No descansó. El botero volvía esta vez con un chapoteo de peón mañero. Habían estado de pique con el sabio toda la noche y se le presentía triunfante: "A ver qué me dice de éstos". Todo a oscuras, molestaba sentirlo venir, paso a paso, adivinándosele que en la red con mango, al hombro, traía pescados; que se apareciese: lo súbito era mejor. Dijo que su linterna se había apagado, y era él quien lo hizo, adrede; echó sobre la proa un pacú y una morenita para que los viese Toledo, que ya le había manoteado otra linterna.

—A ver, míster, usted que dice conocer todas las familias de los pescados, si me los emparenta a éstos.

El pacú era de los grandecitos, que algunos llaman piraya y la luz roja doraba el color limón de sus flancos; el cuerpo comprimido, el contorno de luna llena, el perfil de cerdo, con los ojos cremosos y los dientes, humanos, con las mandíbulas todavía temblorosas; era natural que Toledo murmurase: "Lo conocía en

formol. Pero así, con esos colores y esa aleta negra y roja, no parece pez sino aparición”.

—Dígame, le urgía el botero, usted aseguraba que por sus libros sabía qué peces se podían encontrar aquí y en cualquier río; pero a que no sabe lo que yo les he mostrado que sé: cuáles son los pescados que van a salir en cada hora y en cada punto. ¿No les prometí éstos? He cumplido. Ahora, ¿quieren que les saque los pescados del amanecer?

—¡No! —le gritó el profesor vencido, y, de nuevo, en el agua, se pasó al otro lado del bote y con las manos que le temblaban se prendió del tolete: trepó al bote como para huir y comenzó a hablarnos incontentiblemente:

—Mis amigos, mis queridos amigos, el ictiólogo se ahogó en mí. Ya no tengo fe en la técnica. Estoy vidente. Ese botero es un necromante. Este pacú no es el *Pygocentris piraya*: es una cabeza humana, fresca, aplastada a propósito, disfrazada de pez para ocultar algún crimen nefando. Ese jugo azucarado que él me hizo beber era un agua mágica que era vino. Ya soy incurable. No estamos en Río Santiago, aunque ustedes lo crean. Yo

he descubierto el gran secreto: hemos pasado la noche sumergidos hasta las ancas en el país de la cuarta dimensión. Por eso tengo helados los pies. Nuestro mundo coexiste con otro que nos solicita, rival de nuestra madre la tierra; allí en ese mundo de las aguas la gravedad tira pero fingiendo: los cadáveres, sus amos, no le obedecen y flotan. Solamente un necromante como ese puede suscitarse hasta esta atmósfera nuestra las formas absurdas que quiere: nosotros pescamos nada más que los hambrientos, acaso individuos más virtuosos rechazados de la eterna salamanca, como los pobres de una orgía. Vean este pececillo, un *Callichthys*, que ustedes llaman "amarillito". Profesamos que es el término de una evolución, pero porque vemos los seres como personajes de una historia que hemos inventado. Mírenlo ustedes ahora y aquí, en presente, y díganme si no es una contradicción oculta en el agua, como un maleficio para la razón del pobre naturalista que lo considera. Es un bagre: y los bagres carecen de escamas; es una vieja: y las viejas poseen hileras de placas poligonales. El amarillito no tiene ni la piel desnuda, ni lleva placas, menos lleva escamas: pero sí en el dorso y en el vientre unas hileras de bandas flexibles que le recubren el cuerpo, y hacen la figura de las fajas de acero, imbricadas, de ciertas armaduras

antiguas. Ustedes no creerán ahora, como antes creía yo, que esta “morenita” de colores marmóreos como su parienta gris la “ratona”, sean formas naturales. Son los vampiros de ese mundo inexplicable. Vean ese perfil insidioso. Las aletas en los peces comunes están colocadas en un remedo, siquiera, de miembros de cuadrúpedos, pero en esta bestia, que parece la hoja taraceada de un puñal chinesco, estas dos aletitas pectorales están como recién pegadas, como si le hubieran arrancado las alas a una mariposa de éstas, nocturnas, que rondan nuestras linternas; y vean esa aleta, impar, inferior, que corre de cabeza a cola, cuando lo natural sería que la tuviese en el dorso. ¡Y qué me dicen de ese hocico! Es el de un vampiro. Está pegado al extremo de una cabeza que más parece una ventosa. ¡Vean esos ojillos malignos! ¿Y ese cuerpo de serpiente aplastada por sus flancos? ¿Se dan cuenta ustedes lo que es el paso de una víbora, comprimida, en las aguas, y en aguas turbias como son éstas? No, éstos no son seres animales: son cuerpos absurdos como los suscitados por los espiritistas y que no tienen modo de comunicarse con nuestro mundo sino es por contactos fugaces, como si viviesen en un plano tangente. Ahora comprendo por qué los teóricos del espiritismo hablaban de un mundo único pero con

más dimensiones que las sensibles. Pero ya todo lo veo claro: el mundo de las aguas, en que nos está prohibido vivir a los humanos, es, por lo menos, la cuarta dimensión. Allí viven los tragos y estos seres incongruentes que nos quitan la razón, y su cuerpo y su vida contradicen nuestras leyes de la naturaleza visible.

En aquel displayado, bajo el cielo inasible como única mira, se oyó el paso de las aguas.





4

La quimera, el gallo y el elefante

Este sueco era un excelente oficial de ruta en su barco y se le conocían habilidades como mecánico, ingenioso para mejorar la radio en casa de amigos, y fue un orgullo de aldea como corredor de esquí. En su puerto se le fijó renombre después de que el invierno les llevó al maestro de gimnasia que en Porto Alegre había hecho la “bandera” en un palo jabonado. De nuevo eran tres los famosos, con el reverendo pastor que pasaba por botánico de herbarios y la médica, que prohibía a sus clientas beber alcohol y que no pudiendo vencer a los maridos, logró muchos divorcios.

Marino, relator del mar tropical y de las tierras moderadas del Plata, incapaz de mentir, es decir, de pintar,

era el hombre que podía resolver para la academia torburguesa su grave dificultad de saber cómo era el color natural de la quimera¹ argentina. El profesor Arneborg le visitó para explicarle en nombre de sus colegas la misión y la dificultad.



Thorburg no figura en los mapas porque es una ciudad demasiado vieja. Decían que la fundó Thor cuando el dios andaba por la tierra. Los profesores del 80 probaron que su fundador era el de la nacionalidad local, hombre a la vez tan forzado y tan de genio que todo lo previó, hasta el avance del cristianismo y que por lo mismo, para salvar sus opiniones le dio el nombre suyo, propio, a la ciudad. Por eso sería que los nietos de sus secuaces, fundadores de la ciudad, lo hicieron un dios: ya había muerto, muy llorado por una parte de sus deudos. Thorburg tenía una playa para los barcos hasta que le hicieron un puerto, con cuyo apogeo se

1. Nota de las compliadoras: la palabra *quimera* designa tanto a un monstruo imaginario de formas fantásticas, como a aquello que uno se imagina como posible y verdadero, no siéndolo, y a un género de peces, los quiméridos.

olvidó la ciudad; lentamente se la olvidó, como todo ha de hacerse por allí, donde el tiempo es tan larguero, que si empieza a ser día, uno se duerme viéndolo y le da una noche que ni duración de siesta tiene. El mar encerrado, con una calma de vidrio ordinario, sosegado hasta por las rocas aborregadas de su fondo, las montañas redondeadas por tanto pasar de glaciares, algunos lagos en la vecindad, hechos para los inviernos y con ese verano primaveral que brota tan de golpe, con chillidos de grullas, en sus orillas, el aire y la vista de Thorburg son auténticos, son naturales, aunque parezca mentira o pintura impresa. Respirar instante allí como en el trópico. Respirar hondamente al mirar uno de sus bosques de abetos, es desear que no pase el segundo: lo mismo que si estamos a favor del viento cuando ha pasado por un palmar en nuestro marzo. Las gentes marineras, los leñadores que talan para que otros lean sobre la pulpa manipulada de los troncos viejos, la humanidad torburguesa, como el país en donde se hicieron, son auténticos; es un retazo del mundo con azares de hoy, cadenas de ayer. Solamente la academia de Thorburg es un antro de modernidad.

Tenía proyectos y el que ahora les ocupaba requería la precisión expositiva del profesor Arneborg para que el marino la cumpliera sin desviaciones.

Cuando llegó el enviado, el marino bebía. Era su entretenimiento de vacaciones. Sentía un gran placer en volver a su país, que cada vez lo era más su puerto, solamente su puerto, pero ya iba siendo difícil decir si era por el retorno o la bebida. Bebía sólo en su puerto, no por patriotismo local sino porque eran sus vacaciones: del barco se cuidaban otros. Nunca se embriagaba, sino que a la tardecita llevaba su mente al plano de las holganzas, lo que él creía de sus libertades.

La Academia pretendía exponer una colección de cuadros sobre motivos de la gloria escandinava, pero como los lugares reservados para los frescos ya estaban todos ocupados por cuadros fotográficos pintados a la gloria marítima y aventurera de la raza, sólo quedaba por tratar un camino: la glorificación de los triunfos de la inteligencia escandinava, hazañas, como se presume, calladas y de poco relumbrón. Primero que ninguno fue pintado el cuadro de la serpiente de mar, que por allá dicen ser el “rey de los arenques”. Ningún sabio de

ellos había resuelto el problema, pero la leyenda de que quien matare al rey ahuyentaba los súbditos mostró su parte de verdad, porque la causa de ambos sucesos eran las tormentas de fondo. La inteligencia escandinava del pueblo merecía el homenaje. Luego vinieron a considerar los otros descubrimientos y a cada cual su cuadro. Pero, en el puro celo del más puro espíritu torburgués resolvieron que sólo se representare el objeto, nunca el hombre, fuese héroe, fuese vehículo. Una de las varias expediciones Nordenskjöld había traído aquella colección de peces que tan prolijamente describiera Smitt, gloria escandinava. Smitt, por escribir en francés, se llevó un hisopazo del franco-porteño Lahille quien, en una crítica, le dijo, substancialmente, que mejor escribiera en sueco así no lo entenderíamos para nada y no, como ahora, por mitades. Pero eso no lo sabían ni el pueblo ni la academia torburguesa.

Smitt describió los colores del *Callorhynchus callorhynchus* después de que el ejemplar pasó un tiempo en la solución de formol. ¿Cómo serían al natural? El pintor exigía que se los inventaran documentados científicamente.

—El profesor Garibaldi J. Devincenzi, de Montevideo —comenzó diciendo el enviado —en su obra “Peces del Uruguay” trae esta frase que, por similitud con el francés barruntamos que trate del color, precisamente nuestro problema. La he copiado. Dice: “La coloración de nuestros ejemplares corresponde bien a la lámina del trabajo de Smitt”. ¿Sabe usted traducirme esto? Porque la lámina de Smitt no tiene color: ¿entiende?

El oficial no entendía. Quiso abreviar porque su gravedad, sobre todo la mental, pasaba al equilibrio inestable, que no es equilibrio: se ofreció a averiguarlo allá en su destino. El oficial sólo retenía los nombres dobles que su cerebro podía sintonizar en ese momento: elefante marino, quimera argentina. Ambos eran absurdos: hasta verlo le alcanzaba su razón. La memoria sensitiva aferraba esos nombres, no más allá. La única lectura que podía recordar era la de una lámina con unos elefantes al borde de un arroyo, y al pie se leía: “Elefantes de África”. Toda su experiencia de cargador, de oficial de barco “tramp”, se concretaba en un temblor de miedo cuando sentía titubear la gravedad contemplando ese nombre fulgurante: quimera argentina.

Fresco, puntualmente, se hizo cargo de su puesto en el barco y partió. Cuando la máquina y la rutina se acomodaron, de nuevo le volvió la pesadilla. Ahora estaba lúcido: no sabía cuál era el encargo de la academia. Su buen nombre se hundiría. Pero ya estaba en viaje y llegó y no supo qué cosa hacer. Una mañana tuvo la idea necesaria y se fue al jardín zoológico. Pero no había acuarios; adivinó un fracaso y se dio a vagar. En el estanque llamado de los lobos marinos topó con un cartel que decía: "Elefante marino". Se abalanzó a un guardián, para preguntarle cuál de esas "focas" era el elefante marino y el otro, andaluz y vejancón, le dijo que esa era, "pues", una lápida: el bicho aquel había muerto hacía tiempo. Pero ¿cómo era? Pues, "igualito" que estos, más grande y trompudo. El oficial disparó a telegrafiar porque el susto pasado le trastornaba: "La quimera argentina está cubierta de pelos cortos, de un color leonino tostado".

La academia de Torburgo celebró sesión especial para considerar aquello. O la tercera gloria local estaba chiflada o el difunto ictiólogo Smitt había perdido la gloria, al no fijarse en el carácter fenomenal del animal estudiado. Resolvieron telegrafiar al enviado: "La Ciencia no conoce peces con pelo".

—¿Será entonces un pez? se preguntaba el oficial. Fue al mercado Bullrich y anduvo desde la madrugada, llegando con el cúmulo de pescado hasta la hora cuando las moscas rondan como dueñas los últimos sábalos alzados. Los pescadores le ofrecieron de todo, en cada uno de los dialectos italianos, pero jamás oyó nada que se pareciera a quimera argentina o elefante marino. Había, sí unos cuantos ejemplares de pez elefante, que era precisamente lo que buscaba: pero como le vieron cara de pavo, todos se lo daban como merluza. Con la algarrabía de aquella gente no se animó a preguntarles.



Al día siguiente se fue al museo. Tuvo la suerte de llegar cuando se reunía la Academia. Estaban doce varones mirándole, como en un cuadro de Rembrandt: y parecían decirle que les había interrumpido. Dos eran los delegados estudiantiles y tenían el aire de esos mosquitos que bailan sobre el agua, las tóxicas. Los otros, en un momento que le volvieron la espalda, formando el círculo de costumbre para deliberar en voz baja, se asentaban en el piso como columnas. Cada uno parecía un polígono de Grasset con ropas flojas.

—Busco la quimera argentina, explotó el oficial, harto de timideces.

—La quimera argentina es la ciencia sin libertad, soltó uno de ellos, graduado en Berlín.

—No, chilló una de las típulas, es la universidad sin control.

—Señores, lo que busco es un pez.

Entonces se adelantó uno de los polígonos y comenzó a explicarle en términos técnicos cuál era el animal que buscaba. Era el "pez elefante" o "pez gallo", un pez con algo de melón de Angola en su cuerpo fofo, con grandes aletas colgantes, puntiagudas, ni demoníacas ni angelicales, y con una prolongación del hocico en quilla por arriba pero con un colgajo frente a la boca: esto le valía el nombre de elefante y la cresta dorsal, el de gallo. "No es una quimera, pero pertenece al orden de las quimeras. Estas son del hemisferio boreal".

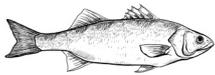
• • •

La tercera gloria local estuvo poco amable con el profesor Arneborg, y el enviado de la academia se sintió mandadero. El oficial le estaba cobrando íntegra la deuda del respeto perdido.

—Me mandó usted a buscar una quimera donde no las hay. Sus colegas de allá dicen que en nuestras aguas abundan: yo no las he visto, ni mis marineros ni los pescadores. Sálgame usted ahora diciendo que las gentes del vulgo les dicen aquí viejas o suegras o cosa por el estilo. Allá los profesores dicen que el pez elefante es un primo de las quimeras. Pero la gente común, que podrían ser mis primos, no ha oído hablar de una quimera argentina que viva en el mar. A ellos les parece mucho más raro un pez que tenga algo de elefante o de gallo, y hasta parece que algunos le digan músico. La gente común pone a las realidades raras el adjetivo de las realidades comunes. Si me hubiesen propuesto ir a cazar el plesiosaurio hubiese salido a buscar en los lagos patagónicos no un animal sino un nombre inventado por ustedes. El paisano de allá lo hubiese llamado lagarto machazo, si lo fuese, o buey cavador si conociese el grifoterio que vivió en la cueva de la Última Esperanza hasta ser doméstico del hombre. Ustedes hablan, así, de grifos y quimeras y se burlan, superiormente, del asombro de los otros. Todo lo reputan vulgar en la realidad, pero con nombres helenos.

—Toda la naturaleza es vulgar, mi querido oficial. La gente vulgar la achata más, jugando con nombres cambiados. Nosotros la ordenamos en griego y la dividimos en latín.

—Mentira, profesor, porque usted me mandó buscar una quimera. Y era un elefante por lo que es conocido el elefante, la trompa, y gallo, por la cresta. Prefiero la imaginación del vulgo á las fantasías secretas de ustedes. Los profesores se pasan unos a otros la misión de rehacer en la naturaleza el olimpo y sus laderas: lamentan la perdida mitología, por la fruición y no por la belleza.



5

Un irlandés en la Argentina

I

William Bulfin y sus “Cuentos de la Pampa”

La persona de William Bulfin (1864-1910) es un recuerdo colorido para los miles de argentinos descendientes de irlandeses, pero su libro de temas camperos “Tales of the Pampas”² está olvidado. Es una lástima porque en estos “Cuentos de la Pampa” pinta el pequeño mundo (oh, muy abierto, eso sí) de los campos del norte de la provincia de Buenos Aires, a fines del siglo XIX, con sus puesteros, estancieros, pulperos y

2. *Cuentos de la Pampa*, edición bilingüe. Traducción de Alejandro Patricio Clancy. L.O.L.A. (Literatura of Latin America) Buenos Aires, 1997.

gente de los rodeos y las carreras cuadreras, siendo sus personajes de preferencia los irlandeses y sus hijos, criadores de ovejas casi todos ellos. Se expresan en un idioma que tiene del inglés la lengua, pero cuyo acento y giros son los populares del sud de Irlanda, el “brogue” como lo llaman, intercalando además unas palabras usuales de nuestra habla como son “overo”, “pingo”, “galpón”, y a cada paso la expresión paisana “¿quién sabe?” pues ya Bulfin en esos lejanos años vio cómo ése era el signo de la raza. Después otros han hecho el descubrimiento...

El estilo es tenso y recuerda el arte de Hilaire Belloc; el cuento corre, oculto el que habla por la vivacidad de sus creaciones. Así, el capataz Castro queda muy orondo pues ha probado su convicción íntima: el caballo es más vivo que el zorro. Puede escandalizarse algún criollista, recordemos las muchas mentas gauchas sobre la viveza de “Don Juan”, pero así es el don de veracidad en Bulfin: esa leyenda del Mandinga en cuatro patas proviene del fogón, por boca del gaucho andariego, más sabedor de la naturaleza; mientras que la mentalidad de Castro es la de un capataz de estancia, para quien el caballo es el sostén de la casa.

El modo de ser de los animales no se le escapó a Bulfin. Su cuento "El Sapo Encantado" es un testimonio de la tenacidad con que un sapo vuelve a una determinada habitación de piso fresco.

Esa institución que fue en la estancia el perro ovejero está en sus páginas como para un grabado al agua-fuerte, sin error ni titubeo; los perros de las "casas", que realizan todas sus manifestaciones en común, solidarios hasta para pelearse, tienen su lugar de honor en "La vía del verdadero amor", una composición literaria bien lograda que termina con una mescolanza de majadas, o "mestura" como pone él.

"Un descarriado": andanzas de un marinero desertor, británico de cualquier marca, ebrio, mentiroso, ladrón; un mal bicho a quien todos conocemos, en recuerdos y en malos ratos. Su final en el cuento es el que tuvo en tantos lugares donde apareció (porque es un personaje de muchas reencarnaciones). Puesteros y peones irlandeses y pulpero criollo hacen lo mejor que pueden para regenerarlo: le dan una paliza. El punto más alto de la marea cómica está dicho con una rapidez liviana que la exalta: es cuando el vagabundo, ebrio pero caminando, con sus trebejos

robados, cae de noche en la canaleta del baño de las ovejas, llena de antisárnico.

“Campeando”, otro de los ocho cuentos, podría traducirse al castellano y las voces camperas ya estarían puestas por el autor en su sitio.

Los relatos sobre la vida de este singular escritor que tan cordialmente amó nuestro país están consignados en una biografía sin firma publicada en “The Southern Cross”, el semanario hiberno-argentino, en Buenos Aires, en 1910. El estilo transparente a un periodista de su misma raza. En el resumen de su escrito que aquí presento queda vibrante el diapasón de su prosa agitada por el sentir del terruño. Comienza como con una invocación: “Guillermo Bulfin se fue de este mundo el 2 de febrero, fiesta de Santa Brígida, a la edad de 41 años”. Luego dice que nació en Derrinlough, en jurisdicción de la parroquia de Eglisli, distante unas cuatro millas del pueblo de Birr. Pertenecía a una familia muy respetada. Su tío paterno, cuyo retrato y escudo de armas pueden verse en la Mansion House, fue alcalde (Lord Mayor) de Dublín en el año 1870. Bulfin fue educado en la escuela de los hermanos de la Presentación, Birr,

"Cuba College", Banagher, y en el "Queen's College" de Galway. Hubiera ingresado en el Colegio de la Trinidad, considerado superior por su docencia, si no fuera por la impopularidad de esa institución entre los patriotas irlandeses. En aquellos sus tempranos días William Bulfin dio muestras de la capacidad y carácter que lo distinguirían más adelante: notorio por su despierto ingenio, su virilidad, su irrefrenable buen humor, un insaciable apetito de leer y su imaginación ricamente dotada; más la fantasía creadora peculiarmente irlandesa, si se quiere, céltica. Apenas pasó de la niñez, y ya enviaba cuentos originales a las revistas de Dublín.

Derrinlough, su patria chica, es un hermoso país penetrado por los recuerdos de la prosa y la poesía irlandesas; aquellos fueron días felices, en los pardos páramos, en las espesas arboledas y entre las rutas y las ruinas que hablan de castillos y abadías y de cuando el mundo era fresco y color de rosa visto con los ojos de la juventud. Tales románticos aledaños dejaron marca en su mente y nunca olvidó su viejo hogar. Lo reclamó hasta el fin y reaparecía en sus escritos, ya sea en su descripción de los exiliados o en un libro hoy inhallable sobre su propio retorno a Irlanda.

Donde vio por primera vez la luz, ha visto el fin de las cosas transitorias, y ahora descansa allí.

En sus días de colegio post-secundario inició estudios de medicina pero pronto pasó a la redacción de un diario en Dublín. En 1884 no pudo “resistir más a la voz de la sirena” que era la América Latina, en su encarnación argentina. Llegó y se fue al campo, donde había tantos compatriotas con sus familias, dedicados a la ganadería. Por unos años la naturaleza y la vida campesina fueron el libro abierto donde leyó el estilo de la sabiduría pampeana. Todo lo vivió y lo trasladó a sus escritos, no solamente los reunidos en su libro de cuentos “Tales of the Pampas”, sino en muchos otros, sembrados al modo periodístico y acaso en parte perdidos para nosotros.

Luego sintió —dijo— “hambre por la civilización” y fue a vivir a Buenos Aires. Quería leer, quería escribir. Inició, en inglés, unos “Sketches from Buenos Aires” que llamaron la atención no ya solamente en su nativa cultura hibernesa sino en Estados Unidos. Los comentarios semanales los firmaba humorísticamente con el seudónimo “Ché buono”, aunque, como digo,

escribía en inglés. Pero vivía alerta a la transformación humana de la ciudad porteña: considérese que era contemporáneo de Fray Mocho (José S. Álvarez), para citar uno solo de los escritores costumbristas.

Después fue director y propietario de "The Southern Cross" (La Cruz del Sur) el semanario de sus campañas constructivas, que fuera fundado en 1875 por el Deán Dillon y aún subsiste ³. El Papa San Pío X le confirió en 1906 la condecoración Pro Ecclesia et Pontifice, entregada por manos de Monseñor Espinosa, en mérito a su obra argentina. Característico del ambiente de aquellos años: la cena conmemorativa de tan alto honor le fue ofrendada en el "Aue's Keller", a la sazón la casa de los artistas.

Un contemporáneo describió a Bulfin como un gigante en lo físico y en lo mental, que conquistaba por su eterna sonrisa, la risa contagiosa y la prontitud de su ingenio.

3. Nota del autor: lo dirige el Padre Don Juan Santos Gaynor, a quien debo valiosos datos, y quien espera traducir y editar todo Bulfin.

II

El “inglés” que se sentó en el barro

En las páginas de los “Cuentos de la Pampa” está patente cuánto comprendía Bulfin a la gente del país y cómo sentía con ellos. Su actitud de viajero moroso que no se entregó, acriollándose, se debía, más que a raíces de educación, al sentimiento de su nueva Irlanda, entonces sueño y espera, hoy inquietud viviente. Los paisanos certificaban una realidad cuando entre ellos hablaban del “inglés”, y no de “don Guillermo”. Cierto que le escocía lo de “inglés” al ardiente patriota irlandés que era, soñador de la realidad que no alcanzó a vivir para ver. Pero esa era la costumbre; y tenía que aguantarse. Así lo recordaban, como “el inglés que se sentó en el barro”, los paisanos del lado del Arroyo Luna, por tierras de Arrecifes, tras su andanza a fines del verano de 1901.

Un arroyo de meandros amplios, sumisos al esparcido de las lomas sin veriles, da su nombre al distrito: Arroyo Luna, asiento de viejas estancias con sus lindes sobre el barrancoso río de los Arrecifes, que unas

leguas más abajo vuelca sus aguas en el río Paraná. En algunos mapas lo ponen como Arroyo de la Luna y no falta gente de allí que lo explica por la amplia curva, la media luna, que desarrolla donde hay unos largos sauzales. Tampoco falta entre los vernáculos el apellido Luna, ni quien opine que fue tal el del primer estanciero o poblador con merced; es verdad que en el pago los Luna del nacer del siglo XX eran gente de pueblo, y no les preguntaban el caso, pues nadie quiere confesarse un venido a menos.

Tierra rica, sí, señor, un grueso espesor de tierra negra, el humus, el bendito mantillo propicio al maíz colorado; fuente de los trigales; y que resiste más que ninguna otra tierra la expoliación del lino; pues el lino es el aristócrata de los cultivos y se cobra adelantado el valor de sus tejidos y de sus papeles de carta de antaño. Las lomas de Arrecifes son la flor de lo que en los libros de geografía llaman la pampa ondulada; menos monótona para ver y vivir. En los bajos hay ciertas lagunas, con su juncal, mejor si con espadañas y totoras, extendidas un tanto hasta dar una cañada, favorita de las aves, y, cómo no había de ser, también aguada de la hacienda. Con barro, claro está, y las pezuñas y los

vasos convierten las orillas en lo que el paisano llama con una vieja palabra castiza, carcahuesal. Barro, pues, y así puede iniciarse la historia del inglés que se sentó en el barro. Esto sucedió en unos días soleados aunque no deslumbrantes, al gusto de los cazadores de patos al vuelo, verde esmeralda el campo y las sagitarias del bañado, que tiene el agua casi tapada con lama. El suceso quedó por muchos años en el recuerdo alabancioso de los amigos y solo unas semanas en los chascarrillos de la peonada, pero todo se fue borrando, pausadamente, como que las almas también mudan: quien era niño a la sazón remanecerá su gozo ante las hojas ya color hueso de un cuaderno con tapas de fibra donde pegaron la etiqueta orlada que decía “Diario”.

Uno de esos “Diarios” privados que mantenían pacientemente las buenas patronas de estancia, no para asentar comentarios ni reflexiones sobre la marcha del mundo sino para ayudar al mejor manejo de la casa. Doña Catalina con su tarea evitaba que los días fundiesen en su pasado sin mojones los sucesos pequeños que cuesta recordar en orden; de modo que don Miguel podía encontrar cuándo fue que: “Vino el capataz de Kenny”, “Se apartaron y marcaron las ovejas”, “Empezó a

trabajar Dionisio", "Don Miguel despidió a Dionisio". Y así por el estilo.

La visita de Bulfin está asentada en el "Diario", con la diferencia de que trae detalles: fue un acontecimiento que alborotó el vivir parejo de las gentes. "Vinieron Duffy y familia, con Bulfin; quedaron poco rato". (Cuando uno recuerda cómo la cortesía campera vedaba la visita rápida, o "visita de médico", sabe lo largo de éste "poco rato"...) Al otro día "Llenamos cartuchos", ocupación concienzuda entre cazadores que se estimen, obligación de hospitalidad, y, para el niño de la casa, espectáculo maravilloso y de peligro. Y, por fin: "Martes 26. (Marzo 1901). Preparativos y almuerzo a Bulfin; él llegó a las 10. Luego fuimos a cazar al arroyo con la señora de Bulfin, Ham, etc. Llegaron los Casey. Volvimos de noche. Medina había ido a las 7 al Salto a buscar aceitunas y no volvió hasta después del almuerzo". Este Medina era un peón muy fiel pero varias veces al año se le cansaba el caballo frente a una pulpería. La anotación es para que Don Miguel se lo tenga en cuenta, pues le malogró el relleno del pavo, a la patrona.

En el arroyo que corre (apenas si con agua) por los campos de Casey y Duffy, Bulfin, cazador de corazón, se empeñó en lograr unos patos, tiro difícil cuando el ave está fogueada y sobre todo ímprobo en campos tan abiertos como esos. Calzaba unas altísimas botas de goma y así el agua cenagosa no le incomodaba. Pero de tanto andarse agachado y vadeando el curso para esconderse, mientras sus amigos espantaban los patos asentados en otros lugares para que todos fuesen a la lagunita donde él se apostara, se le alzó el humor irlandés. Buscó el sitio más denso del juncal; se sentó en el barro; quedó a la miseria pero se salió con la suya y dejó el tendal de patos barcinos, y unos patos picazos, como es de regla.

Todos celebraron la ocurrencia, y la comentaron, y nadie como los peones. Esa noche tuvieron una inmensa chacota. Mas el inglés que se sentó en el barro los conquistó con ese arranque.

Quién sabe cuántos arranques por el estilo le abrieron los corazones criollos. Así se explica que tan pronto los amase.





